



Srta. Amelis.

Fotogr. "Amor y..."

Número 16

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

FUNDACIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17. MADRID

28-JULIO-1899

➡ 15 céntimos ➡

<p>SALÓN BLEU 31, ALCALÁ, 31 ESPECTÁCULOS POR SECCIONES Couplets fin de siglo.—Canciones francesas.—Actualidad.—Bailes españoles.—Duetos.—Concierto.—Variedades. Foyer de artistas.—Academia de baile.</p>		<p>DISPONIBLE</p>
	<p>AMADOR, FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13. Especialidad en ampliaciones y retratos de noche. Hay ascensor.</p>	
<p>DISPONIBLE</p>		<p>FABIÁN MERINO ENCUADERNADOR Farmacia, 7.—Madrid. Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.</p>

EL ALBUM DE MADRID

28 DE JULIO DE 1899

NOCHE DE BODAS

(CUENTO DECENTE EN TRES CARTAS)

A Pepe Gímeno Vizarra.

La casualidad ¡pícarra casualidad...! muletilla indispensable de novelistas de menor cuantía, hizo que cayeran en mis manos tres cartas de fechas distintas y que se refieren á un mismo asunto.

¡Parece increíble que seis hojas de finísimo papel puedan contener la historia sencilla, verosímil, triste, amarguísima de tres personas!

Vosotros, cazadores de argumentos, que dislocáis la lógica y atropelláis los sentimientos para buscar efectos de talco, fuegos de artificio que iluminen por un instante el horizonte de la vida y arranquen el fácil aplauso del público, bobalicón y cándido de plazuelas y galerías, meted la hoz aquí...

Buen asunto para un drama. Rodadero con su tesis y todo, y sus personajes, monologuadores fastidiosos que para decir ¡te amo! tengan que sacar á colación al cielo y á la tierra, al valle y á la montaña, á la luz esplendorosa de la mañana y á los abismos negros y medrosos!...

¡Ahí os lo entrego! Nada pongo, nada quito. Nada pido, nada quiero.

PRIMERA CARTA

«Si asomases la cara—mi querido Tomás,—por entre los alambres de esta jaula donde pasamos la vida en un giro eterno; si entraras de improviso en este cuartito blanco y limpio y coquetón,

como la ropa de una recién casada, y nos vieras jugando como dos chiquillos gozosos, alegres, locos... á buen seguro que te iban á doler los costados, de reírte á mandíbula batiente, sobre todo de mí... ¡Un hombre serio! ¡Un cardíer! ¡Un indiferente! ¡Un excéptico ha entregado la carta, como decís vosotros los andaluces!... ¡Y qué! ¡No me pesa!

...Cuando tras de una tarde de constante algazara, de carcajadas infantiles, de juegos de colegiales, de correr como desesperados por los pasillos del cuartito, no sin escándalo de nuestra cocinera,—respetable viuda, en forzado ejercicio, que se pasa la vida en la portería, porque según dice *no quiere ver ciertas cosas*,—cuando tras una de esas tardes, en que nuestro nido, caliente y perfumado, parece una *leonera*.—tal es su desorden, que á mí me parece encantador,—yo rendido, ahogado por la fatiga de estas locuras de niño pequeño, me dejo caer sobre el sofá del gabinete, clavo los ojos en el pedazo de cielo gris sucio, que entra por los cristales de mi balcón, y paso revista á mis treinta años vividos menos de la mitad, entre orgías fáciles y baratas, y amores caros y difíciles, tengo vergüenza... ¡No vale reírse! Tengo vergüenza de *mi pasado*—como diría un personaje cursi de una mala comedia,—y resuelvo de acuerdo conmigo mismo, que no hay más gloria ni más felicidad que este cuarto tercero, ni más ángeles ni más arcángeles, ni más serafines que mi Carmela, que está aquí á mi lado, con su cabeza pequeña y graciosa, como la de una pajarita entre las nieves, recostada en mi pecho; sus ojos, lindos como un amanecer, fijos en los míos; con su boca entreabierta, fresca y húmeda, pidiéndome besos con un deseo insaciable de beberse todos los míos, y todos mis suspiros, y todos mis alientos, y todos mis amores...

¡Ya te arrepentirás!... ¡Imposible me parece que habiéndome dicho semejante herejía, continúe siendo tu amigo!

...Mi Carmela no es aquella loca que conociste una noche en el gabinete grande de Fornos. ¡Buena diferencia!... Ni sedas, ni flores, ni sombreros, ni plumas, ni cintas... Su traje de gala es una bata azul y blanca como el manto de una Concepción.

No pone los pies en la calle. A veces salimos cogidos del brazo como una modista y un estudiante; correteamos cuatro culles; compramos cuatro chucherías y... á casa de prisa. El teatro nos aburre; á los paseos no quiere ir... ¡Pobreclila! Dice que le da vergüenza que la señale con el dedo algún antiguo conocido y con burlona sonrisa pueda exclamar:

—¡Ahí va la de ese!..

En fin sempiterno incrédulo, cuando te fatigues de rodar por esos mundos y hayas conocido á todas las mujeres de tono que cambian de amante con la frecuencia que de vestido, vente por aquí, sube los setenta y dos escalones de mi cuarto, siéntate á nuestra mesa, contempla nuestra dicha y si se pliega tu frente por algún mohín de burla, sino te rindes á la evidencia y no cantas la palinodia... ¡ah! entonces, piensa que son setenta y dos escalones y que se pueden bajar deprisa, sobre todo aplicándote como te aplicaría un fuerte reactivo allá en el sitio donde la espalda muda de nombre.

Tuyo de corazón...

EDUARDO MUÑOZ.

(Se continuará)

DESDE VALENCIA

Tanto en España como en el extranjero, gozan de justa nombradía las ferias de Valencia por el buen gusto que preside siempre en la Comisión encargada de organizar los diferentes festejos que en ellas han de celebrarse.

Este año, con ser muchos los viajeros que de todas partes han acudido, lo han hecho en menor número que otros anteriores sin duda alguna por las circunstancias en que el país se encuentra, y por recientes y desagradables sucesos desarrollados en las calles de este paraíso de España.

Los festejos celebrados hasta la fecha no han desmerecido de los que ya son tradicionales.

El primero de todos fué la retreta militar que, según me han contado, fué brillantísima.

Después, hasta la hora en que escribo, se han sucedido las veladas en la Alameda, repartos de premios á los alumnos de las Escuelas de Artesanos en el Pabellón Municipal, bailes populares, el célebre canto de *Albaes* acompañado de tamboril y dulzaina, la inauguración de la estatua dedicada al popular sinetero valenciano D. Eduardo Escalante Mateu, fuegos artificiales, tracas y dos corridas de toros, en que han tomado parte Mazzantini, Fuentes y Algabeño.

De los festejos anunciados en los programas uno de los que no se efectuarán será el certamen regional de músicas civiles, del Ejército y Armada.

La cabalgata organizada por los artistas de la sociedad *Lo ratoneta*, y la batalla de flores que se celebrarán los días 29 y 31, respectivamente, serán seguramente los dos números del programa de fiestas que más llamarán la atención á juzgar por los preparativos que se hacen y por el exquisito gusto de cuantos intervienen en su organización.

De estos y otros podrá publicar EL ALBUM DE MADRID instantáneas hechas *ad hoc*, como también vistas de los magníficos pabellones de la Alameda y algunos otros puntos.

EL ALBUM tiene entre los valencianos una buena acogida y sus números son muy solicitados.

He ido tomando detalles de cuanto he visto para cuando se publiquen las instantáneas, y hacer entonces una detallada descripción de lo más saliente de las ferias del corriente año en Valencia, en esta ciudad patria de tantos y celebrados artistas, de tantas eminencias en todos los ramos del saber humano, y donde es característica la hermosura de sus hijas, que compiten con la belleza de las flores de sus jardines.

LEOPOLDO VAZQUEZ



SRTA. CALIGARIS



Historia de un día en tres esquelas

I

Vergüenza me cuesta, pero has de perdonarme. Hoy no puedo asistir á la junta; el motivo es pecaminoso. Justamente de cinco á siete, tengo que ir á probarme unos vestidos á casa de Laura. Ya sabes lo que es ella; si pierdo mi turno, me deja desnuda este invierno. ¿Estoy perdonada? Bien lo merece mi franqueza. Pude inventar otro pretexto. Otra junta piadosa, la jaquica, el dentista... pues no, me entrego en pleno delito de coquetería. Así puedes decirselo á las amigas, segura de que todas me absuelven. Me han dicho que la Marquesa está espirando. ¡Pobre señora! Esta noche te veré en el Real. Hasta luego.

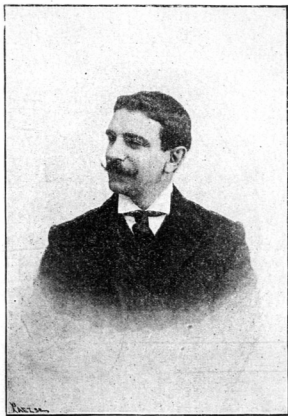
II

Mucho siento la mala obra, pero hoy me es imposible ir á probarme los vestidos. Precisamente de cinco á siete se reúne la junta de damas de la Honradez y el Trabajo, de la que soy secretaria y no puedo faltar. Iré mañana á primera hora. No retrase, por Dios, los vestidos, el negro sobre todo, que nuestra presidenta está espirando; y si se muere, no se como voy á ir á los funerales.

III

De cinco á siete.

JACINTO BENAVENTE



SR. CUENCA

MIENTRAS DORMÍA

(Pensamiento de Hawthorne)

I

Ese chicuelo acaba de hacer lo que hacen todos los viajeros cuando atraviesan este bosque en los días de verano. Se ha sentado junto al manantial que entre la verba burbujes, y se ha limpiado con la manga su frente sudorosa. Después se ha quedado mirando la corriente con inefable placer y ha bebido en ella.

Podría creerse que este chicuelo es un mendigo si no fuese porque su semblante no está curtido del sol, aunque si moreno, y porque no tiene el traje muy remendado. ¡Será hijo de un labrador pobre de cualquiera de estos pueblecillos!

No hay nada que embohe tanto como mirar correr el agua; sobre todo después de haber andado algunas horas bajo un ardiente sol, y encontrándose al fin bajo la rumorosa sombra de los árboles. Las penas, la fatiga, todo se va entonces con el correr del agua.

El muchacho sacó un pedazo de pan negro y duro, le hincó el diente con gran apetito y luego, dejándose caer de espaldas y recostando la cabeza sobre un tapizado resalte del terreno, se quedó mirando á las hojas de los árboles, como si buscase nidos entre ellas.

Su cansancio era tan grande, la posición tan cómoda, que al poco tiempo se quedó profundamente dormido.

II

Una media hora no había pasado, cuando del interior del bosque salieron dos caballeros conversando serenamente, la rienda caída sobre el cuello de sus reposadas cabalgaduras.

Sus ropas manifestaban riqueza; sus armas, nobleza; tristeza y altivez, su aspecto. A las pocas palabras que cruzaron se mostró su diferente categoría. El uno era el señor de la comarca, el otro un escudero.

—Sí, viejo compañero mío—decía el señor—esta pena me consume y abreviará mi vida. Dios no ha querido concederme un hijo que continuase con las armas, las gloriosas tradiciones de mis abuelos y mis afortunadas empresas... Mis propios dominios serán herencia de lejanos deudos, odiados enemigos... Muchas veces he pensado ya en adoptar un huérfano, en reconocerle por hijo; educarle en las armas y legarle mis castillos.

En esto llegaron junto al manantial.

—¡He aquí la fuente, señor,—dijo el escudero.

—Echemos pié á tierra y bebamos.

—¿Hola? Mira, Fernando; he aquí un chicuelo más feliz que yo; pues él duerme libre de penas. ¡Qué encanto tiene la juventud! Este muchacho en su pobreza, y en su abandono, parece como que tiene una aureola. ¿Y sabes que parece robusto? ¡Y qué hermoso es!... ¡Así! pero envuelto en grandezas, es el hijo que yo soné.

Y el caballero, olvidado del agua y de la sed, quedó pensativo.

De pués añadió:

—Hay algo de providencial en esta coincidencia. ¡Fernando, la casualidad ha decidido! ¡Este muchacho es el futuro señor de estos estados! ¡Mi adopción queda hecha; llégate á él; despiértale!.

Pero en aquel momento se oyó á lo lejos el toque de algunos cuernos de caza, que lanzaban prolongados alaridos.

—¡El toque de alarma, señor! ¡Montad presto, algo ocurre en el castillo!

Señor y escuderos montaron precipitadamente y desaparecieron al galope de sus caballos en el bosque.

El muchacho no había despertado, sin embargo. Más parecía muerto que dormido.

III

El continuó durmiendo, el manantial burbujear, los árboles mirándose en el arroyuelo y el viento cantando entre las ramas y las hojas.

A corta distancia del manantial hacía un pliegue el terreno y se alzaba un frondoso castillo: dos hombres llegaron apresurados y como con recelo... sus vestidos eran de corte militar, pero andrajosos; estaban cubiertos de polvo y de sudor como si hubiesen venido á la carrera; sus rostros eran barbudos, ásperos y terribles; uno de ellos traía descubierta la cabeza y en las mangas de la camisa se le veían recientes manchas de sangre.

Se sentaron bajo el castaño y sacando las grandes hojas de sus espadas, también sangrientas, las limpiaron con manojos de yerba.

Más tranquilos al fin, pudieron hablar y el uno dijo:

—Ha costado trabajo; pero la cosa está hecha. La señora no ha recibido más que un susio, pero el paje no la llevará más el almohadón ni la cola. Aquí están las joyas—y sacó de un morral un lío con alhajas que brillaron como un surco de luz al caer sobre el césped...

—¿Y nuestros compañeros?—preguntó el otro dirigiendo una mirada codiciosa á la reluciente pedrería.

—¿Quién sabe! ¡Creo que uno fué muerto por el paje!.. los otros...

Y levantándose y dando algunos pasos miró en torno asustado é inquieto.

—Somos perdidos!—exclamó—¡Mira!—y señaló con la mano al muchacho dormido.—Este chico debe habernos escuchado.

—¡Tranquilízate!.. ¡Duerme!

—Acaso su sueño es fingido; si da nuestras señas á las gentes del castillo, seremos cogidos y colgados de las almenas.

Y tirando de un cuchillo corto que llevaba en la cintura, se llegó al muchacho y le puso la punta sobre el corazón.

El muchacho no hizo ningún movimiento.

—¡Basta de sangre por hoy!—dijo su compañero deteniéndole el brazo.—¡No mates al muchacho! ¡Es una cobardía matar á las mujeres y á los niños!..

Su compañero envainó el puñal refunfuñando y recogiendo á toda prisa las alhajas se internaron precipitadamente en lo más sombrío del bosque.

V

Todo quedó como antes, apacible y dormido. Las burbujas del manantial siguen bailando y estallando al bailar, con ligeras espumas; los árboles se balanceaban sobre la corriente; el vientecillo suspiraba y el sol resplandecía...

VI

—¡Despierta muchacho! ¿Qué dirá tu padre cuando vea que todavía no estás en el pueblo? Seis horas hace que pasaste por mi barraca, y has andado una legua nada más. Muchacho ¡arriba!

—¿Sois vos tía Claudia? Estaba cansado y me he dormido.

—Para que te hubiese dado un golpe cualquier mal intencionado. ¿No ha pasado nadie por aquí?

—Nadie ha pasado tía Claudia.

—¡Mientes, mozouelo, mientes!

—¡Nadie! ¡Lo juro por la Virgen María!

—No jures muchacho; la tía Claudia sabe más que tú, porque es hechicera, como dicen por ahí, y entiende el canto de los pájaros. ¿Oyes lo que dicen esos pájaros que cantan?

—Yo no soy brujo—exclamó el chico con terror.

—Pues dicen, cantando, que la riqueza y la muerte han pasado junto á tí mientras dormías.

FERNAN FLOR





SRTA. DHALANDER

Fot. de Amador



CANDELARIA FIGUEROA

Fot. de Amador.

NOCHE DE VIAJE

Tren expreso de Madrid á Irún. Interior de un coche de primera. Maletas y cosas de viaje, mantas y neceseres lujosos. Las personas que ocupan el coche son adineradas, aunque no viajen en berlina, reservado, etc., pues como están así las cosas...

Personajes: Condesa viuda de Zarzelejo, cincuenta y dos años, pelo blanco, sencillo traje oscuro, velo por la cara.

Su hija Luz, diecinueve años, bonito traje gris, hechura sastre, morena, ojos muy vivos. Sabe mucho: en las Ursulinas aprendió toda clase de labores, en sociedad muchas cosas.

Luis, hijo y hermano, respectivamente, de las anteriores: tipo inglés; manera de vestir igualmente inglesa, veintidós años; lleva en la mano una novela de Zola.

Pepita, veintiocho años, guapa, muy guapa; rubia y muy pintada, formas espléndidas, traje provocativo, blusa de seda azul y falda negra muy ceñida por las caderas. Profesión: labores propios de su sexo... cuando sea es guapa. Viaja sola.

Don Andrés Garagarza, cincuenta y dos años, bolsista, gran vividor y hombre alegre; á pesar de sus años ¡ejem! ¡ejem!

Son las once de la noche. Se ha roto el hielo á las primeras estaciones, después de «¿Le mola hablas?» «Llevamos buen viaje!», «Hermosa noche», etc.

Don Andrés.—Sí, señora; hemos sido muchos los maltratados por estas cuestiones.

Condesa.—Nosotros por los cambios, hemos desistido de nuestro verano en Francia. Vamos á Zarauz.

Don Andrés.—Habrà mucha gente que la imite.

Pepita.—Sale poca este año.

Luz.—Dicen que la Compañía pizdre dinero.

Don Andrés.—Y todo el mundo. Hoy lo más caro es el dinero.

Pepita.—Tiene usted razón; hay menos y la gente lo guarda más.

Condesa.—No hay humor para fiestas.

Pepita.—También es verdad; ahora todo el mundo se queda en casa; cuando los maridos se dedican sólo á sus mujeres, malo.

Luis.—¡Ejem! ¡Claró!

Don Andrés.—¿Y usted, señorita, siente no ir á Biarritz?

Luz.—No, señor; aquello es monótono; es un San Sebastián más pezuño, aunque más vistoso. La vida de siempre: por la mañana, *la plage des fous*; por la tarde, excursión á Bayona ó Anglet, un paseo y luego casino; y por la noche, más casino. Total, aburrido.

Pepita.—Y luego, es fastidioso que haya tanto francés.

Don Andrés.—¡Hijita, es natural, en

Francial Digan ustedes que sienten dejar á Madrid.

Luz.—No, yo no. Ahora estaba muy tanto: no había diversiones; por las noches, los Jardines únicamente; zarzuela barata. ¿Le gusta á usted?

Don Andrés.—¡El qué la zarzuela? ¡Plis! O ré á usted. Esa música *sabía* me gusta á ratos; francamente, prefiero *El santo de la Isidra* ó *La Revoltosa*. Lo que no puedo soportar es la ópera.

Luz.—¡Oh, mon Dieu, quel sacrilège!

Condesa.—Pues hay óperas muy bonitas, *Lohengrin*, por ejemplo.

Don Andrés.—Es insoportable aquel duo del segundo acto.

Luz.—Sí; pero el del tercero es precioso.

Pepita.—Yo no comprendo la desesperación de la triple.

Luz.—¡Claró! Es una noche de novios y con un hombre tan guapo...

Condesa.—¡Niñal!

Luis.—Verá usted, señorita; no es oro, todo lo que reluce.

Pepita.—¿No? ¿Por qué?

Luis.—Porque el tenor se llama José, como el personaje bíblico.

Luz.—¡Ay, pobre hombre!

Condesa.—(A D. Andrés). Estos muchachos van por terreno resbaladizo, y es que oyen cosas...

Don Andrés.—En sociedad se aprende mucho.

Condesa.—Nosotros tratamos poca gente,

vamos poco á reuniones; no íbamos más que á casa de unos amigos, los de Hines-trosa.

DON ANDRÉS.—¡Hombre! También he ido yo varias veces; y á propósito, dígame usted, ¿oyó allí lo de la Generala con Ruiz?

CONDESA.—¡Calle usted, por Dios! Aquello era un escándalo, un compromiso para todos; ya vé usted, juntos toda la noche ella, el marido y el amante. Estábamos viendo que el General concluía por enterarse; así es que la de Hinesrosa tuvo que tomar una determinación.

DON ANDRÉS.—¿De veras? ¿qué hizo?

CONDESA.—Significó de una manera clara á la Generala que al mismo tiempo que á ella y su marido no podía seguir recibiendo á Paquito, porque se exponía á que el marido advirtiera algo de lo que *expresivamente* pasaba entre ellos, y hubiera un disgusto.

DON ANDRÉS.—De modo que Paquito...

CONDESA.—No; era amigo antiguo; quedaron en que la Generala iría sin el marido.

DON ANDRÉS.—Tiene gracia Paquito...

Luz.—¿Hablan ustedes de Ruiz?

CONDESA.—Hablamos de los de Hines-trosa.

Luz.—*Aquello* era demasiado serio; aquel D. Blas...

DON ANDRÉS.—Es que se debe á su posición de hombre público.

PEPITA.—¿Cómo dice usted?

DON ANDRÉS.—Hombre público; ha sido ministro...

PEPITA.—Y siendo *eso*, ¿se es serio? Pues yo creía...

Luis.—(A Pepita). Según; en ese sexo, sí, en el otro, no.

Luz.—Si es un hombre que hasta en la mesa es insoportable.

DON ANDRÉS.—Es que está desgana-do; tantos años en el poder...

Luz.—Y qué; el gobierno quita las ganas?

DON ANDRÉS.—Figúrese; las carreteras los empréstitos no son fáciles de digerir y don Blas ha abusado de ello.

Luz.—Pobre señor; sirvenlose adoqui-nes con mayonesa y grava á la *maitre d'hôtel*.

CONDESA.—Nos despedimos de él en la «hermesse» del otro día.

DON ANDRÉS.—¡Ah, sí! Brillante fiesta.

PEPITA.—Yo también estuve; me con-vi-dó á horchata un condesito y dió cien pe-setas. Listima de dinero. ¡Si lo sé!

DON ANDRÉS.—No le deja usted ser es-plén-ho.

PEPITA.—¡Malicioso!

Luz.—Se reunieron doce mil pesetas. Y eso que los caballeros se hacían los remon-tones; fué necesario que les sacáramos nos-otras mismas el dinero de los bolsillos, y había algunos que se lo metían en los del pantalón.

Luis.—Yo pagué veinte duros por un cla-vel que la Suárez, la tiple, llevaba en la boca.

DON ANDRÉS.—Pagó usted más de lo que vale el florero.

Luz.—Manolo, cuando puso quinientas pesetas dijo: «32, rojos».

Luis.—¡Ja, ja! Creyó estar en el Casino.

CONDESA.—Vamos, veo que van ustedes á pasar el camino divertidos.

DON ANDRÉS.—Más vale así; en un viaje tan largo...

CONDESA.—Si yo pudiera dormir...

Luz.—Inténtalo; yo seguiré hablando bajo.

CONDESA.—(Arreglándose). Vaya, hasta Miranda.

Luz.—Yo no puedo dormir habiendo al-guien.

DON ANDRÉS.—(A Pepita). ¿Y usted?

PEPITA.—¡Ah! Estoy acostumbrada.

Luis.—Pues yo dormiría... dormiría... (mirando á Pepita); es decir, estaría des-pier-to...

Luz.—¡Chico! No sabes lo que dices.

CONDESA.—Vamos, buenas noches.

Luz.—¡Tápitel!

DON ANDRÉS.—Descansar, si se puede.

Pues verán ustedes. Viajando yo por Fran-cia una vez...

AGUSTÍN R. BONNAT.

Se admiten anuncios en esta Ad-ministración á precios convencio-nales.



SR. BORRULL

ZARAGOZA

(RECUERDOS DEL SEGUNDO SITIO)

I

Como yo sabía muy bien que al pobre viejo ya no le animaba más que el recuerdo de los días de su juventud, el hucérme con una fotografía del hermoso cuadro con que mi queridísimo amigo Domingo Muñoz había añadido un florón más a su corona de artista, tué para mí una adquisición inapreciable.

En aquel cuerpo, en otro tiempo duro y fuerte como el roble, los años, que estaba ya muy cerca de rayar en los noventa y ocho, lo habían matado todo menos un cerebro, potente y robusto como cuando tenía treinta años, y una vista que ni para leer en las más apretadas ediciones necesitaba para nada el auxilio de los espejuelos.

Así es que cuando puse delante de él la reproducción que copiaba con artística fidelidad la bella composición del laureado pintor, su rostro se fué animando poco á poco y sus labios, trémulos y amarrotados, se plegaron en una sonrisa entre plácida y dolorosa.

—¿Le gusta á usted?—le pregunté, después de algunos minutos.

—¡No ha de gustarme!—balbuceó con un entusiasmo que casi hacia desaparecer la senil tartamudez, que apenas le permitía pronunciar veinte palabras seguidas.—Esto es la realidad misma, todo lo que ves ahí es verdad. No son las caras de los personajes, es cierto, pero el mismo espíritu los anima á todos.

Y como si en cada una de las figuras viese la resurrección de un amigo muerto hacia muchos, muchísimos años, sus ojos grises, que velaban las cerdosas y blancas cejas, húmedos de lágrimas, saltaban de punta á punta de la fotografía.

II

Después de una larga pausa, en que parecía recogido en un beatífico éxtasis, se volvió á mí y me dijo con orgullo.

—Yo, yo ví todo eso. Aunque muy niño entonces, fuí testigo de esa epopeya real é incontrovertible, ante la que se quedan en pañales las fabulosas hazañas del sitio de Troya.

Porque, sábelo bien, los dos sitios de Zaragoza son tan grandes que cada uno de aquéllos arragoneses que defendía palmo á pulmo el suelo que les vió nacer, el último de los soldados de aquellos regimientos que diezmaban las bombas y la peste, tienen cien codos más de altura que todos los lectores y Aquiles que hubieran corrido como cervatos ante el trabuco de aquellos contrabandistas de Canfranc ó ante el fusil de doncellas tan valerosas como Manuela Sancho.

La escena que ves ahí, no me queda duda, es del segundo sitio y hasta estoy por decir que, aunque el lugar de la acción está un poco falsificado—y perdóneme el ilustre y acertadísimo autor del cuadro—podría hasta determinar el momento, día arriba día abajo, del episodio.

Eso debió ser ya en Enero, bastante avanzado del mes, del año 9, cuando ya Junot, el que los boletines del imperio llamaban Duque de Abrantes, compartía con el mariscal Lannes la penosa tarea de *reducir*, como ellos decían, á aquel puñado, porque ya relativamente no éramos más que un puñado, de Titanes.

El convento de San Francisco no es ese, no, eso lo veo claro. Falten ahí aquellas airoas arcadas que habían orlado de caprichosos flecos las bombas del francés. San José tampoco. Ese estaba tomado ya hacía algunos días, y para ser San Agustín ó Santa Mónica sobra espacio.

En estos últimos lugares se batieron los Zaragozanos apañados; sin tener un ladrillo en que poner el pie que no estuviera cubierto por el cadáver de otro que le había precedido algunos momentos en regar con su generosa sangre aquellos inmortales escombros.

Pero sea el lugar que quiera, ahí está el espíritu de todo el sitio, mejor aún de la última y más terrible parte de él.

En la agrupación de los defensores se siente la inteligente mano del nunca bastante llorado comandante D. Antonio San Genís, que no debía tardar muchos días en caer sobre la batería llamada de Palafox, una de sus mejores y más provechosas obras estratégicas.

En la mezcla de todas las clases y condiciones de los que luchan no hay exageración alguna.

¿Te choca que pobres frailes, apartados del mundo, dejaran sus claustros para prestar sus auxilios, lo mismo espirituales que temporales, á los heroicos defensores de Zaragoza?

Pues no te choque. Aquellos santos varones defendían la religión, que como sagrado tesoro se les había confiado, y muriendo por ella, eran tan pródigos de su sangre como los soldados que defendían la heroica bandera de la patria y los paisanos que defendían su hogar.

¿Y las mujeres? ¿No oíste hablar nunca de la aristocrática condesa de Burseta, ni de aquellas hijas del pueblo que se llamaron Agustina de Aragón, Casta Alvarez y Manuela Sancho?

Pues miralo. En el cuadro no se han hecho retratos; pero como se encontraba á cada paso un ejemplar de aquellas varoniles hembras, lo mismo la alcornada dama que presta su socorro á los heridos y alienta con su voz á los que combaten, que las de más humilde condición social que disputan á los soldados el fusil que ya no pueden sostener ó el botafuego que les arrebató con el brazo la metralleta, son tan reales y efectivas, como si del propio natural estuvieran arrancadas.

Es más, mira allí. ¿Ves aquella pobre madre que sostiene en sus robustos brazos un niño? Sin saberlo, seguramente, el pintor ha perpetuado uno de los hechos del sitio que más directamente me atañen.

Ese niño no soy yo. Pero esa mujer, esa santa, pudiera muy bien ser mi madre.

No recuerdo bien si en Jesús ó en San Lázaro, fué protagonista de un episodio parecido.

Dos días hacía que buscaba inútilmente por la ciudad á mi padre, que aunque convaleciente aún de una peligrosa herida recibida en el monte Torrero durante el primer sitio, había sido uno de los más tenaces defensores de la Puerta del Carmen cuando acudió á atacarle el general Morlot.

Por fin, sabiendo por un moribundo donde podría encontrarle, corrí al sitio indicado con un hermanito mío de pocos meses en los brazos.

A mí me había dejado encomendado al cuidado de una vecina, pero yo, aprovechando la confusión, la alcancé de allí á poco, y en el cuadro debía verseme cogido al refajo de mi pobre madre.

Cuando entregó á mi padre unas provisiones, que sabe Dios con cuanto trabajo había podido reunir, todo estaba en calma.

En el edificio, del que sólo quedaban algunas paredes en pie, unos se entregaban al reposo tan necesario después de tantos días sin pegar los ojos, otros curaban los heridos y algunos reparaban como podían el frágil reducto.

De pronto, cuando mi padre acababa de trasegar el último mendrugo de pan, unos disparos y un grito unánime diciendo: ¡Los franceses! ¡Los franceses! hicieron decir á mi padre con rudeza:

—¡Vete!—mientras daba un beso al chiquillo y le ponía en brazos de mi madre.

Esa obediencia; pero ya una granizada de balas cruzaba sobre su cabeza.

Sin embargo, no sé como logró salir de allí llevando en los brazos su querida carga y siguiéndola yo siempre agarrado á sus sayas.

Y se alejó, se alejó á gran distancia. Pero luego, al internarse en la calle del Sepulcro, de que no habían de tardar mucho en apoderarse los invasores, se detuvo.

Algo caliente y horrible manchó su cara.

Un casco de granada al llevarse la cabecita del niño salpicó de sangre el rostro de la desventurada madre.

Yo al verla caer al suelo sin sentido, creí que me había quedado sin ella para siempre.

Pero no fué así. No sé cómo, ni por dónde, se nos llevó á casa y mi madre, aunque estuvo entre la vida y la muerte, cuando todos daban ya su razón por perdida, se curó y vivió muchos años después.

Dios da fuerza para sufrir infinitamente más de lo que creemos.

III

Al decir ésto, el decrepido anciano cayó en una especie de sopor que me asustó.

El cuadro fielmente copiado por la fotografía que se había caído de su mano temblorosa y descarnada, tomaba indudablemente vida real á sus ojos y le hacía retroceder á los días de angustias y penalidades de los albores del año 9.

Pero de pronto volvió á erguirse su macilento tronco en el sillón en que ya apenas gozaba de su débil soplo de vida y me dijo con orgullo:

—No temas, no. Bien valen todos aquellos horrores el placer de poder decir todavía: Yo fui testigo presencial del hecho más grande y más glorioso que registra la historia de la humanidad.

ANGEL R. CHAVES

Amor sin nombre.

No sé quien eres, pero sé que adoro tu dulce boca, el sol de tu mirada, tu frente pensativa, tu alma honrada y tu cabello vencedor del oro...

Como el avaro su metal sonoro, mi riqueza de amor tengo encerrada... ¡Cuando encuentre tu imagen adorada, las llaves te daré de mi tesoro!

Ni te conozco yo, ni me conoces; pero hacia ti mi amor se precipita, como los ríos á la mar veloces, Laura, Beatriz, Ofelia ó Margarita, escucha á un alma que te llama á voces... ¡Donde quiera que estés, ven á la cita!

RICARDO J. CATARINEU

EXCELSIOR

Cuando Dios hizo el mundo de la nada y formó el Paraíso esplendoroso, en él acumuló todo lo hermoso, que pudo distinguir con su mirada.

Las flores de corola perfumada, los pájaros de canto melodioso, y arroyando por el bosque umbroso fuentes y arroyos de vivaz cascada.

Formó el hombre después, de polvo vano, la animó con su aliento, y como viese que aún podía mostrar mayor grandeza:

Mezclando lo divino con lo humana, modeló la mujer, para que fuese la última aprehensión de la belleza.

SANTIAGO IGLESIAS.

EPIGRAMAS

Le mandó á Ginés, Andrés, con botellas dos cajones, y en la estación á Ginés dijeron:—¿Y los tálones? ¿Dónde los tiene?— En los pies.

—A Juan hace tiempo vi en un terrado asomado hablándote desde allí, Juan está muerto por tí. Por eso estaba en-terrado.

—Consuelo, tú eres mi cielo y en mi hallarás, lo repito, digno sucesor de Oteló.
—Y le respondió Consuelo, —Mejor quiero hotelito.

J. SABAU y ROMERO.

Menudencias

Si tus ojos no fueran habladores
nadie sabría aun nuestros amores,
pero miran de un modo,
que sin saber hablar, lo dicen todo.

Me ha dado calabazas Enriqueta,
porque no sé montar en bicicleta.
¡Y yo que me creí que ese adminículo
nos ponía á los hombres en ridículo!

Luis SALCEDO

Gran campaña en la Zarzuela,
hicieron *Los dos pilletes*.
Bien dice el refrán, que todos
los pilletes tienen suerte.

La escritora Ana Eguiluz
dice sin afectación,
que dá sus obras á luz
siempre en colaboración.

VÍCTOR GARCÍA ROBREDO.

Nuestros grabados

La Amelys.—Bien conocida es esta cantante que con general aplauso ha actuado este invierno en *Variétés*, hoy, al publicar su retrato, nos limitamos á dar una prueba de su belleza.

Candelaria Figueroa.—Simpatía artista que, como la anterior, ha trabajado en el indicado teatro.

Cuenca y Borruil.—Célebres tocadores de guitarra, á quienes el público aplaude todas las noches en el *Salón Rouge*.

Dhalander.—Distinguida contralto del teatro Real y que, en la temporada próxima pasada, se ha hecho aplaudir en *Lohengrin* y *Wathyría*.

Caligaris.—Aplaudida actriz de ópera.

CORRESPONDENCIA DE "EL ALBUM,"

M. S. DE LAS M.—Tiene usted más razón que un Santo, pero, con el cambio de Consejo de Redacción, se han extraviado sus dos cuentos. En cuanto al artículo de actualidad, créanos usted, después de lo que nos ha pasado, uno toquemos á la marina.»

E. R.—Es demasiado triste. ¡Nos ha hecho llorar!..

E. F. y G.—No está mal, pero el asunto... JOTA KA.—El primero de los versos tiene una sílaba menos que las que debiera tener; en cambio, al último le sobran tres ó cuatro. *Moraleja* «Tanto se peca por sílaba de más como por sílaba de menos.»

S. I. S.—Se publicará... cuando se pueda

MAD.—¡Item de lienzo.

M. M. R.—Lo que sirve se publicará.

L. S.—¡Trán algunos.

A. C. S.—Digo á usted lo mismo que al anterior.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alicá de Henares.—Julian Lobo.
Alcoy.—Miguel Escobedo.

Ávila.—Bruno Sancho.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Laujar (Almería).—Cristóbal Cano.

Sevilla.—R. Morilla.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid



Precios de suscripción

MADRID		PROVINCIAS	EXTRANJERO
Trimestre.....	2 pesetas.	Trimestre..... 2,50 pesetas.	Trimestre..... 4,25 francos.
Semestre.....	4 »	Semestre..... 5 »	Semestre..... 7,25 »
Año.....	7 »	Año..... 9 »	Año..... 12 »

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

